

Petrona Martínez, las penas que nunca fueron alegres

Petrona Martínez Villa es, probablemente, la más sobresaliente cantadora y compositora de la música tradicional del Caribe colombiano. Por ello, desde los años 90, es considerada por la crítica musical del mundo como *La reina del bullerengue*. Desde su primera presentación nacional en el Planetario Distrital de Bogotá, Sala Oriol Rangel (1998), hasta nuestros días, no deja de sorprender a sus seguidores con su canto ancestral y sus frenéticos tambores. Y como si fuese poco, ya retirada de los escenarios, con ochenta años encima, sufriendo una enfermedad que la mantiene en una mecedora, pero espiritualmente llena de tranquilidad y alegría cuando escucha los tambores y cantos de sus familiares, le regala a su país – sumergido entre la inestabilidad política y la pandemia–, la alegría de ganar un Grammy Latino como mejor álbum de música tradicional del mundo, por su disco titulado *Ancestras*.

Este nuevo disco ha causado revuelo en los circuitos de las músicas tradicionales del mundo, por su sonoridad y su creatividad. Estuvo bajo la producción musical de

* Escritor, músico y compositor. Hizo parte de la agrupación de Petrona Martínez por más de 25 años. Gestor cultural. Ha publicado los libros *Hacedores de lluvia*, premio de relatos, Instituto de Cultura de Cartagena, 2000; *Tras las huellas del padre*, 2014; *La familia de Felipe*, premio de novela, Instituto de Cultura de Cartagena, 2015 y *Obituarios negros*, Premio Icultur, 2017.



Petrona Martínez en su casa de Palenquito, Bolívar. 2008.
Fotografía de David Lara Ramos

Manuel García-Orozco, mejor conocido como Chaco, y la coproducción de la gaitera, Mayte Montero. Aunque Petrona ya había sido nominada dos veces anteriores al mismo premio: en 2002 por su álbum *Bonito que canta*, grabado en el estudio de Jonathan Lane en Bristol, Inglaterra, bajo la dirección musical del cartagenero, Rafael Ramos; y en 2010 por *Las penas alegres*, grabado en los Estudios Audiovisión de Bogotá, y producido por Chaco y el mismo sello que hizo posible *Ancestras*.

El álbum *Ancestras* es un territorio universal de voces femeninas que cantan. Que cantan como los pájaros y como la noche. Una fuerte cofradía internacional con sublimes cantadoras de África, Perú, Cuba, Brasil, Méxi-

co, Estados Unidos, República Dominicana, Honduras, Panamá, el Pacífico, voces en lenguas garífunas, lenguas criollas y precolombinas, con las que las cantadoras rinden homenaje a doña Petrona, y esta a su vez, a sus maestras, a sus ancestros, a esas mujeres anónimas que le dieron a conocer el bullerengue desde niña en su pueblo natal.

¿De dónde viene Petrona?

Petrona Martínez nació en San Cayetano, Bolívar, corregimiento del Municipio de San Juan Nepomuceno, un 27 de enero de 1939. Petronita, esa niña traviesa, vendedora de yuca y cocadas que todas las tardes salía a vender por las calles empinadas de su pueblo, traía en sus venas la esencia y la ancestralidad

del bullerengue, un compendio musical y poético de herencia africana. Petrona proviene de una familia de cantadoras –como la gran Orfelina Martínez (abuela), y Carmen Silva (bisabuela)– además de decimeros y bailadores como su padre Cayetano Martínez Pimentel y su tío Pellito Valdez, quien fue jefe de la Danza de Negros Libertos de la región. Oriundo de Evitar (Bolívar), “Cayeto”, como le decían a su padre, venía del linaje de un frondoso árbol donde se prendían en fama popular: la gran Estebana Martínez, Abraham Herrera Pacheco, Ascanio Pimentel, la matrona Juana García Blanquicet y sus hijas cantadoras: Emilia Herrera y Martha Herrera, quienes hicieron parte de la industria musical naciente en el Caribe colombiano. La riqueza de músicos, cantadoras y cantadores de Evitar está documentada en el libro *Música y poesía* en un pueblo colombiano, del estadounidense George List.

El inicio de Petrona Martínez

“Nunca quise ser una mujer famosa”, decía doña Petrona constantemente. Odiaba la calle, la muchedumbre, las entrevistas, la preguntadera, los hombres bebiendo, la jarana, el barullo. Siempre quiso estar en los lugares campestres con su marido Enrique Llerena, trabajando de corral en corral, de finca en finca. Fue feliz en el monte, lavando en los arroyos, criando animales, recogiendo arroz, haciendo dulces, empalmando techos de ranchos y colocando cercas. Siempre quiso vivir así, apartada de la muchedumbre y criando a sus hijos. Pero con el destino no se puede pelear, porque mientras ella más se escondía de la gente, la gente más la buscaba para hacerle visitas interminables. Llegaban los compadres, las comadres, los amigos de sus padres, sus familiares, los músicos, los tamboreros, y de pronto, en alguna fecha especial, se alegraban

los tambores y los amigos prendidos de ron obligaban a la cuidandera de finca, campesina, y criadora de animales, a que se entonara esos bullerengues de vieja data que cantaban sus abuelas, tías y su papá en su pueblo natal. De ahí fue naciendo el hilito conductor de todo ese proceso musical que se dio a conocer en público, para sorpresa de vecinos que nunca la habían escuchado cantar, durante una fiesta navideña de 1984 en San Marcos de Malagana. Esa noche, Petrona Martínez, reventó un dique que le taponaba su corazón y sus entrañas. Ella recuerda que esa noche cantó y cantó; de su mente le brotaban letras en diferentes tonadas que no pararon, hasta que organizó su primer grupo musical con los primos que la visitaban y su hijo, Luis Enrique Díaz Martínez. Esa agrupación musical empezó a practicar en la vereda de Palenquito, a la entrada de San Basilio de Palenque.

¿Y quiénes eran esas mujeres que cantaban en la radio?

Petrona decide dejar el monte para que sus hijos menores logren estudiar algo y se muda a una casita de barro en la vereda de Palenquito, corregimiento de Malagana. Ahí la familia Llerena Martínez decide dejar de ser jornaleros y ordeñadores, para convertirse en areneros, porque el trabajo de Palenquito era la minería doméstica de sacar arena del arroyo Ají Molido.

La verdad, mientras familiares y amigos músicos visitaban a Petrona, la música tradicional del Caribe colombiano comenzaba a ganar espacio radial gracias a las voces de las cantadoras Irene Martínez Mejía del pueblo de Gamero y Emilia Herrera, “La Niña Emilia”, natural del pueblo de Evitar. Ambos son corregimientos del Municipio de Mahates.

Los Soneros de Gamero –grupo vanguardista en la costa Caribe por ser pioneros en alterar la instrumentación tradicional del bulle-
 rengue, al introducirle saxofones, clarinetes, timbaletas, güiros, congas, y bajo– irrumpieron fuertemente en la radio, que daba a conocer una voz desdentada, chusca, jarocho, chillona que llamaba la atención y ponía al público a mover el esqueleto de inmediato. La dueña de esa voz era la cantadora Irene Martínez Mejía, natural de Gamero. Irene fue hija de Teresa Mejía –una cantadora distinguida localmente–, prima de Luis Magín Díaz García, hombre de musicalidad asombrosa e hijo de Felipa García, la hermana de Juana García Blanquicet. Todas ellas cantadoras de bullerengue, cumbia con pito de millo, chalupa y fandango de lengua.

Irene, esta mujer delgada y de pelos ensortijados, tuntunera de hicotea y buscadora de leña, de pronto se convirtió en una celebridad local. Ella como voz principal de los Soneros de Gamero, grabó un disco en Barranquilla, bajo la producción del cajero Wady Bedrán, en el que aparecían los cantos ancestrales de la Región del Dique, alterados en su esencia. La canción que llamó la atención de todos los bailadores del Caribe fue *El Lobo*. Irene la empezaba con un pregón que pocos entendían por su dificultosa pronunciación:

*Esta, esta, esta, es la canción,
 la última película cantada por los peleles.
 Quisiera reírme, pero no puedo.
 Esta, esta, está la canción...*
 Y el coro le respondía enseguida: el lobo.

Que más tarde se conoce otra versión en boca de su primo Magín Díaz, quien aseguraba que era el verdadero autor de la canción y no era “esta, esta”, sino “letra, letra, letra es la canción”, y que, la última película cantada era por “Los Pileles” y no “los peleles”. Según Magín, Los Pileles fue una agrupación

musical de Soplaviento, la tierra de Catalino Parra, que cantaban en los teatros antes de comenzar el cine.

Y junto al boom de Irene Martínez, se coló en la radio costeña su corista, la niña Emilia Herrera, nacida en Evitar, con una canción que cruzó fronteras, *El coroncoro*. Emilia, hija de Juana García Blanquicet, hermana de Martha Herrera, y también prima de Magín Díaz, fue dueña de un carisma natural y una picardía absoluta. Le compuso ese tema a su hijo querido Nadin Echenique, al que ella le llamaba por cariño “el coroncorito”, posiblemente porque era feito, como el pez piel de piedra que habita en los arroyos de la región.

Esa época de la industria radial estuvo y sigue marcada por la presencia de estas dos cantadoras, además de la hermana mayor de Emilia. La gran cantadora, Martha Herrera, fue autora de temas emblemáticos del Carnaval de Barranquilla como *Chispa candela*, *La bomba*, *La mona*, *Se quema*.

El caso es que Petrona escucha *El lobo* en la radio, y dice que lo conoció en boca de su abuela Orfelina. Además, en respuesta a estas cantadoras de Gamero y Evitar, los primos y algunos músicos de Malagana, un poquito con rasquiña, a toda hora entusiasmaban a Petrona Martínez con la posible fama y plata que se podían ganar si igualaban en popularidad a “esas viejas recocheras” llenas de una picaresca para interpretar la música tradicional en sus grabaciones.

Este primer grupo de Petrona Martínez estuvo conformado por Ramón “Pío” Sánchez, su primer tamborero, Epifanio Martínez Sánchez “Pifo”, primo de Petrona, Clemente Pacheco, y el gran Marceliano Orozco. El mito establece que Marceliano fue el descubridor de la cantadora Petrona Martínez, porque fue

él quien la escuchó cantar por primera vez cuando sacaba arena del arroyo. Marceliano creyó que era una mohana que se lo quería llevar. Posteriormente le comenta al propio hijo de Petrona, Luis Enrique Díaz, y ambos salen a buscar al ser sobrenatural: coinciden que el nido de la mohana era la casa de doña Petrona en Palenquito; y la mohana no era más que su propia madre, quien mientras sacaba arena, tarareaba los bullerengues de sus abuelas.

Ese grupo de doña Petrona practicaba todos los fines de semana en su rancho de Palenquito. Pero fue más un intento de pasarla bien, tocando tambor, bebiendo ron, comiendo sancocho. Un día la cantadora no aguantó más y dijo: “Hasta aquí llego. Yo no nací ni para perder el tiempo ni para beber ron”. El grupo se acabó, pero la amistad y

la familiaridad siguieron. Después, por iniciativa de su hijo Luis Enrique Díaz Martínez, se entusiasma con otros muchachos de Malagana y del corregimiento de Evitar y logra conformar un segundo grupo musical, *Los Tambores de Malagana*.

Para el Bucanero de Oro, un festival en la plaza de toros de Cartagena, durante los años 80, Petrona Martínez es invitada a participar con su nuevo grupo y se encuentra con la famosa Irene Martínez. Este encuentro estuvo marcado por el entusiasmo de Petrona y la indiferencia total de Irene. Así, la cantadora de Palenquito se entusiasmó más en la música. Para Petrona: “Ese desprecio de Irene fue un reto”, siempre lo dijo.

En 1989, Petrona Martínez y los Tambores de Malagana lograron grabar un disco de larga



Tomada en el mercado de Getsemaní.
Fotografía de Álvaro Delgado Vélez

duración en la casa disquera del momento, donde había grabado Emilia Herrera, Felito Records en Barranquilla. Bajo la dirección musical de Eduardo Dávila Santiago y la producción de Félix Butrón Márceles el disco, sin embargo, no despegó a nivel comercial. Sólo un tema medio sonó por algunos parajes de Bolívar, *So animá animá*, una canción jocosa y un poquito pasada de tono de la autoría de doña Petrona. Luego, el grupo musical se desarticula y la cantadora se queda en su casa de Palenquito, sacando arena y componiendo canciones. Más tarde, Petrona Martínez graba dos acetatos más: *El folclor vive* y *El destape del folclor*. El primero, grabado en los estudios de Kuki Records, Cartagena, 1993. Este contiene temas de su autoría como: *La arena* (posteriormente retitulado *La vida vale la pena*, *El animá parao*, *La encuera* y *Cartagena de Indias*. Un dato curioso. Ese día, Petrona Martínez en el estudio de Kuki Records se encuentra con unos muchachitos que estaban dando sus pininos como cantantes. Los jóvenes eran ni más ni menos que Juan Carlos Coronel, Gerardo Varela, Alfredo Coronel y Lucho Lambis. Ellos se entusiasmaron tanto con la cantadora que podría ser su abuela, que se le grabaron los coros.

Dos años después Petrona graba un variado titulado, *Destape del Folclor* en los estudios de Romy Molina, la meca de la naciente música champeta en el mercado de Bazurto, en el pleno corazón de Cartagena. El fallecido productor Wilfrido Hincapié, más conocido como “Pilo Discos”, la invita por intermedio del percusionista Víctor Medrano, “El Docto”, hijo de la gran cantadora Estefanía Caicedo, a hacer parte de una tripleta novembrina donde también participa Luis Felipe Lugo, “El Moneda”, Luchito González, el arreglista de la agrupación Son Cartagena, El Famy de la Champeta, y Justo Valdez. En ese variado, Petrona Martínez graba *El*

hueso, *La cortá* y *El ojo*. El tema que logró pegar de ese disco fue *El tigre de la montaña* de Luis Felipe Lugo, natural de Puerto de Berrugas, Sucre. El álbum está marcado por un suceso lamentable. El tema de Luis Felipe se convierte en éxito inmediato, pero el maestro, ya pasado en años, fallece en su pueblo en los días del lanzamiento.

Hasta aquí llega la primera etapa de la cantadora Petrona Martínez. Sus canciones no alcanzan el éxito ni la difusión de Irene Martínez ni el alcanzado por las hermanas Emilia y Martha Herrera. Una frustración invade a la cantadora y nota que cada día se esfuerza más en la industria musical, pero solo le deja cansancio, hambre y pérdida de sueño. Por mucho empeño que ella les pone a sus presentaciones en casetas de pueblos, a sus regresos a Palenquito, estas siempre le marcan un sinsabor de derrota y cansancio. Para el remate, sin un pan bajo sus brazos para sus hijos y nietos. Nacía para ella, la industria de la música. Nacía el papel del representante. La prensa. La payola. La envidia entre los mismos músicos. La rosca. Y doña Petrona, cada día se le complicaba entender este mundo de la oferta y la demanda. Otros factores pudieron influir. La voz nasal de Petrona Martínez no estaba hecha para esta clase de arreglos musicales, sus guapirreos, y su carisma no iba con este viaje de la radio, no era buena para dar entrevistas y por mucho que se esforzaba, nunca pudo pegar en la radio como Irene y Emilia, las reinas vitalicias de las fiestas novembrinas y el carnaval de Barranquilla.

Petrona toma la decisión. Renuncia a la industria musical para no seguir con ese cuento de andar cantando sin conseguir nada. La radio no programaba sus canciones, sus músicos se le apartaron, se ganó muchas enemistades con sus representantes, mucha discordia con algunos amigos y se retiró

de las presentaciones para dedicarse por completo a sacar arena del arroyo de Palenquito, a vender cocadas en los colegios y a visitar a sus familiares en su natal San Cayetano. Sin embargo, muchas personas ya la reconocían y la saludaban. La Mostraban. También confundían a Petrona. Muchos, a veces decían: “Mira, ella es Irene Martínez, la cantante de Gamero”. Y ella siempre respondía: “No, yo soy Petrona Martínez y de Irene no tengo nada. Ella es flaca como una varilla y yo soy pencua”.

El otro camino que le faltaba por recorrer.

La suerte encuentra a Petrona Martínez. Una documentalista colombo francesa, de nombre Liset Lemoine, llega a Colombia a realizar un documental *sobre la vida de las cantadoras en el Caribe colombiano*. Y tiene como destino el pueblo de San Basilio de Palenque. Para entrevistar a Graciela Salgado, la hermana de Paulino Salgado, Batata, el famoso tamborero que acompañó por muchos años a Totó la Momposina. Pero Graciela y su grupo de mujeres estaban recién salida de nueve noches de un velorio, y todavía estaban prendidas de ñeque que no le dieron importancia a la visita de la mujer blanca con anteojos. Fue por el gusto. Por más que Liset le explicó a Graciela y su grupo de mujeres, más perdió el tiempo y más se enredó su proyecto. Frustrada y angustiada por el esfuerzo que había hecho y por el dinero invertido en equipos de grabación y logística, se dio por vencida y decidió regresar a Cartagena. En mitad del camino, ya montada en un camioncito que viajaba muy lentamente, el chofer del vehículo que era nacido en Malagana y conocía a Petrona, le dice a la documentalista que a la salida de Palenquito vivía una señora que también cantaba bonito y sacaba arena del arroyo. Con semejante argumento, Liset se entusiasma y deja que el chofer le siga refiriendo el cuento

de la cantadora que ella no vino a visitar. El chofer le relata sobre Petrona Martínez, que había grabado discos y que él no sabía por qué estaba retirada de la música. El chofer convence a la entristecida mujer y le para el carro en toda la puerta de la cantadora. Sin embargo, el recibimiento no fue el mejor. La cantadora no quería saber nada de música ni de presentaciones. El rechazo fue total.

Después de una conversación donde se dejaron escuchar explicaciones y disculpas, las palabras de doña Petrona fueron tajantes: “Te puedes quedar, pero nada de entrevistas ni nada que tenga que ver con la música”. La pobre mujer, sin saber adónde ir, no le tocó más que pasar entre la casa de la cantadora y arrió a mi casa, además de su vecino, siempre fui secretario informal de doña Petrona. Fueron días difíciles, encuentros tensos, pero poco a poco la paciencia de la documentalista y las eternas conversas de la sacadora de arena se fueron endulzando de café hecho en hornillas y con leñas, y largas jornadas de charlas acompañadas de bocanadas de humos de cigarrillos pielroja. Con el paso de los días, la mujer ganó los espacios más íntimos de la casa y también el corazón de la cantadora. Se le permitió filmar el patio de la casa, la sacada de arena, la elaboración del arroz de coco, la preparación del café en hornilla, y algunas charlas monotemáticas que la cantadora siempre refería.

En esta primera etapa, fue fundamental el trabajo del hijo mayor de doña Petrona, Luis Enrique Díaz Martínez que sirvió de mediador entre la descompostura diaria de su madre y la paciencia de la mujer que había llegado de Francia. A Liset se le agotó el tiempo y prometió volver. Y volvió, pero cuando vuelve encuentra a una mujer sumida en medio de la tragedia, porque ese joven moreno y de carácter agradable que la había

atendido con entusiasmo y agradecimiento, ya no estaba. Lo habían asesinado en Cartagena al resistirse a que le quitaran un reloj que no valía ni veinte mil pesos. El joven era el hijo mayor de la cantadora, Luis Enrique Díaz. Liset llegó en la mitad de las nueve noches. No habló de grabación ni de música. Solo se quedó a acompañar a la catadora en su dolor. Colaboró con los gastos del velorio y con la comida de la casa. Sin embargo, cuando le tocó marcharse, la cantadora no dejaba caer su palabra empeñada. Y le dijo que así como estaba sin mente y sin ganas de cantar, le iba a grabar unos sonos para que musicalizara las “tomas grabadas” que ella ya había hecho en su primera visita. Y así sin músicos, sólo con la compañía de su hijo menor, Álvaro Llerena Martínez, que también había aprendido a tocar el tambor hembra, su cuarta hija y corista Joselina Llerena Martínez, y el suscrito Guillermo Valencia Hernandez, que aprendí a tocar el llamador de la mano de su hijo mayor, viajamos hasta Cartagena, a los estudios Playa Producciones del desaparecido Eugenio Giraldo.

Petrona Martínez le grabó a Liset Lemoine varios sonos llenos de una melancolía y profundidad que más tarde, pese a la cantidad de errores técnicos y la ausencia de ensayo, se convertirían en su primer disco compacto producido en Europa, el disco *Le Bullerengue*, editado por el famoso sello Ocora de Radio Francia Internacional en París. Unos sonos grabados más por un compromiso para musicalizar un documental que por otra cosa. Y también para cumplirle una promesa al hijo asesinado. Era una nueva puerta que se le abría a la cantadora, sin la presión de la radio costeña, sin la tiradera de sus colegas cantantes, y sin los eternos compromisos de presentaciones que no daban ni para comprar un “pan de sal”. Después de ese disco llega

la fama. Porque los productores del interior del país se interesan por ella. Nadie podía creer que una mujer negra, sacadora de arena de un arroyo había grabado un disco para el sello Ocora. Y mucho menos, los que la acompañaron a formar grupos musicales en su región, los productores costeños, los locutores, los representantes que la habían conocido decían que todo era un montaje para poderla pegar en la radio. Ahora, esta puerta, no tenía competencia. Porque ella se podía dar el lujo de cantar todo lo que ella quisiera, con músicos que tocaran como ella quería y sin meterle tanto aparatos ni arreglos de pitos a sus canciones.

En uno de sus tantos viajes a Bogotá, graba otro disco, *La vida vale la pena*, en el estudio de Alfonso Abril, bajo la producción ejecutiva de Luis Ortiz. La fama de la cantadora de Palenquito se empieza a sentir en todos los escenarios de Bogotá. Surgen las entrevistas en los periódicos más importantes de la ciudad capitalina y en las más leídas revistas del país. Entre la prensa y sus seguidores la proclaman como “La reina del Bullerengue”. Ciudadana del mundo entero, visitante de los más famosos festivales del mundo, ganadora de incontables premios, embajadora de Colombia ante el mundo. La mujer admirada en muchos países, la mujer afrodescendiente, campesina, sacadora de arena, pilandera, criadora de animales, que pese a nunca pisar una escuela de música, compuso más de un centenar de canciones, grabó más de siete discos, y logró cantar por los cinco continentes con unas penas que le atoraban el corazón, pero cuando las liberaba por su boca, venían transformadas en canciones.

La fama y el reconocimiento irradiaban en la nueva vida de la cantadora Petrona Martínez.